



Adrián Acosta Silva

Universidad de Guadalajara (México)

aacosta@cucea.udg.mx

<https://orcid.org/0000-0003-2312-8990>

Recibido: 02 de octubre de 2023

Aceptado: 25 de enero de 2024

Publicación: 27 de marzo de 2024

La universidad invisible: notas sobre las representaciones políticas de la universidad

Resumen

Este es un ensayo sobre la idea de la “universidad invisible” y algunas de sus representaciones políticas. El carácter “invisible” se define como el desvanecimiento de las imágenes de la universidad como una institución social especializada en la producción, transmisión y difusión del conocimiento, conformada por una comunidad de profesores y estudiantes organizada en diversas disciplinas y campos cognitivos, que a lo largo de los últimos años ha borrado rápidamente sus fronteras simbólicas, el peso de sus actores tradicionales y sus significados convencionales. Esa invisibilidad es producto de una paradoja: contra la intención de presentar una visión unificada de la universidad respaldada por un largo ciclo de métricas dedicadas obsesivamente a evaluar, acreditar y asegurar la calidad de las universidades, las representaciones sociales sobre la universidad (significados, símbolos, funciones, creencias) parecen ser más difusas que nunca. En su lugar se han construido diversas representaciones políticas sobre la imagen universitaria que influyen sobre sus comportamientos institucionales.

Palabras clave: dualidades institucionales, instituciones invisibles, paradojas institucionales, representaciones sociales, universidad.



Esta obra está bajo una licencia internacional
Creative Commons BY-NC-SA 4.0

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.10863942>

Sección: *Dossier*

The invisible university: notes about political representations of the university

Abstract

This is an essay about the idea of the “invisible university” and some of its political representations. The “invisible” character is defined as the fading of images of the university as a social institution specialized in the production, transmission and dissemination of knowledge, made up of a community or professors and students organized in various disciplines and cognitive fields, which at over the last few years it has rapidly erased its symbolic borders, the weight of its traditional and its conventional meanings. The invisibility is the product of a paradox: against the intention of presenting a unified vision of the university supported by a long cycle of metrics obsessively dedicated to evaluating, accrediting and ensuring the quality of universities, the social representations about the university (meanings, symbols, functions, beliefs) seem to be more diffuse than ever. Instead, various political representations have been constructed about the university image that influence its institutional behaviors.

Keywords: *Invisible institutions, institutional dualities, institutional paradoxes, social representations, university.*

Este huracán le empuja irremediablemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso.

Walter Benjamin

Introducción

Pensar es una actividad intelectual que combina, en dosis imprecisas, intuición, experiencia, información, certezas, algunas reflexiones sobre personas, objetos o cosas. Hay, por supuesto, muchos modos de pensar que obedecen a circunstancias, situaciones, contextos igualmente diversos. Como señaló Walter Benjamín en 1930, existen diferentes modos de inducir la hechura de pensamientos, uno de ellos es a través de la fabricación de imágenes, y distinguía dos tipos principales: las “imágenes dialécticas” y las “imágenes de pensamiento”. Las primeras consisten en la combinación de creencias, relatos, experiencias compartidas o prácticas observadas que los individuos o los grupos desarrollan respecto de instituciones o figuras importantes de la vida en común, incluyendo mitos, leyendas y costumbres cotidianas. Las segundas son producto de ideas o conceptos abstractos que se almacenan en la “memoria involuntaria”, y que combinan ilusiones o fantasías con emociones y racionalidades respecto de ciertos temas o asuntos. Pensar, por ejemplo, en la universidad, puede hacerse como imagen dialéctica o de pensamiento, lo que puede conducir a dos representaciones diferentes sobre la misma cosa.

El problema de fondo es que no es fácil, nunca lo ha sido, “pensar” a la universidad. Pensar es un acto de contemplación, de reflexividad,

pero también de imaginación. Es un ejercicio de curiosidad, a la vez fascinante y tortuoso, en ocasiones polémico, discutible, que conduce a las más variadas especulaciones, a formular críticas demolidoras, alentar defensas heroicas, producir indignaciones morales, o desarrollar razonamientos enfrentados. Es muy difícil encontrar consensos normativos básicos sobre la imagen, la figura o las representaciones de la universidad; aunque en algunos momentos, en el pasado remoto o en el presente, sea posible ubicar rastros de esos momentos excepcionales de resolución y acuerdo, los cuales se plasman en actos solemnes con togas y birretes, relatos épicos, monumentos históricos, inauguración de edificios universitarios, banderas, libros, homenajes a próceres fundadores, académicos, intelectuales, egresados ilustres de las aulas universitarias.

Desde una perspectiva sociológica, las distintas formas de pensar a la universidad dependen de los contextos de la época y de las posiciones de observación y perspectivas de los pensadores. Funcionarios, profesores, estudiantes, egresados, políticos, empresarios, intelectuales, burócratas, sindicatos, son figuras que reúnen diversas experiencias, relaciones, historias intelectuales, pasiones académicas, racionalidades políticas e intereses mundanos. Después de todo, la universidad es y ha sido, desde su fundación en la Europa medieval y luego en las colonias imperiales de América, Oceanía, Asia o África, una institución que concentra e irradia poder social, que distribuye representaciones, orgullo, prestigio, legitimidad y reconocimiento a quienes ingresan, transitan y egresan de sus campus, aulas y bibliotecas. Justo por ello, la universidad es un espacio donde confluyen muchas ideas, tradiciones y saberes.

Sobre las cenizas de las *madrasas* (las escuelas dependientes de las mezquitas), que luego dieron origen a las universidades medievales de Bolonia, París o Salamanca, se erigieron las actuales universidades del siglo XXI. A lo largo de casi un milenio esas cenizas fueron la arcilla del conocimiento que estimularon la construcción de los edificios, laboratorios y bibliotecas que configuraron la arquitectura de miles de nuevas universidades en prácticamente todo el mundo; espacios donde la transmisión de saberes, la formación de intelectuales, profesionales y especialistas, la reflexión organizada, el debate público, o la conflictividad política, pasaron a formar parte del *habitus* universitario.

¿Qué es hoy la universidad? ¿Cómo se relacionan académicos, estudiantes, funcionarios, egresados universitarios? ¿Quiénes son los universitarios? ¿Qué significa la universidad en tiempos donde la polisemia domina el lenguaje, la polifonía los sonidos del campus, y múltiples crujidos, temblores y estallidos habitan sus entornos políticos y sociales? Estas preguntas alimentan desde hace tiempo cierta curiosidad intelectual por comprender el significado de la universidad como institución pública, como organización del conocimiento, o como constructo sociocultural. La hipótesis que se explora para tratar de ofrecer algunas respuestas a esas cuestiones es que desde hace tiempo no existe una visión unificada sobre las representaciones sociales de la universidad, pero sí una representación *política* que se expresa en políticas públicas diseñadas para regular sus comportamientos institucionales.

La premisa central de este ensayo sobre los significados de la universidad contemporánea es que ella es la expresión de un orden institucional que incluye no sólo la cooperación y el conflicto,

sino los acuerdos rutinarios y las tensiones permanentes entre los actores universitarios y no universitarios.¹ Como en todo orden social, existen intereses, estructuras, reglas, leyendas, usos y costumbres, ceremonias y ritos de paso; pero lo peculiar, lo especialmente relevante dentro del orden universitario, es el orden académico, el corazón organizacional, simbólico y práctico del sentido profundo de la universidad. Bajo esa premisa es posible explorar la peculiar complejidad sociológica de la universidad contemporánea.

La idea central que ordena el ejercicio es que a lo largo del siglo XXI ha emergido la configuración de la "universidad invisible". La consideración básica de esta conceptualización es que la universidad, en tanto institución, ha desarrollado una dualidad de sus representaciones sociales: de un lado, como una institución "fuerte", clara, de una visibilidad extendida a través de la multiplicación de universidades en todo el mundo, configuradas bajo muy diversos formatos; del otro, como una institución "débil", difusa, invisible, en el que las aguas profundas de sus prácticas, procesos y actores "desaparecen" ante las exigencias de compromisos y resultados mensurables. El propósito es proponer algunas conjeturas en torno a las representaciones sociales de la universidad en el contexto de la "modernidad líquida" a la cual se refirió Zygmunt Bauman (2003) al inicio del siglo XXI. El supuesto de base es que desde hace tiempo es posible identificar una suerte de desdibujamiento, desvanecimiento o vaciamiento de las imágenes de la universidad.

Se sostendrá el argumento de que, en el marco de las discusiones clásicas sobre los contrastes entre la universidad ideal y la universidad real, emerge la imagen de una universidad "invisible", caracterizada por la multiplicación de las tensiones que dentro y fuera del campus confluyen en las prácticas y representaciones universitarias. No se trata de mostrar que la universidad no existe, o comparir de la narrativa de moda de que la innovación, virtualización y digitalización universitaria han sustituido para siempre a la enseñanza universitaria tradicional/presencial, sino de que la combinación entre las "narrativas métricas" sobre la calidad de las universidades, de un lado, y los procesos de masificación, diversificación y diferenciación de la educación superior, por el otro, han relocalizado el significado, la influencia y los actores de la universidad en las sociedades contemporáneas.

En otras palabras, entre las afirmaciones clásicas de que la universidad es la encarnación o expresión de un ideal, o de que es producto de un largo, complicado y conflictivo proceso de construcción social, se sostendrá el argumento de que la universidad contemporánea es una institución "invisible", de múltiples zonas fantasmas, cuyos límites son imprecisos, de fronteras plásticas, con actores múltiples y procesos difusos. Esa invisibilidad consiste básicamente en la complejidad del entramado de procesos y relaciones socioacadémicas que la propia universidad ha activado en su largo proceso de expansión y legitimación como institución social. La invisibilidad es una expresión de las relaciones

¹ Conviene señalar que en el texto emplearé el concepto de actores y no de sujetos. La razón es que el concepto de "sujeto" refiere a alguien que está *sometido* (sujeto) a cierto tipo de estructuras de poder y dominación, mientras que el concepto de actor supone umbrales de confianza y reglas de acción donde los individuos poseen un margen "irrenunciable" de libertad, que siempre interactúan en sistemas concretos de acción, y donde las relaciones de poder son negociables y en ocasiones reformables por los márgenes de libertad y de decisión de los actores organizados del propio sistema (Crozier y Friedberg, 1990; Tilly, 2005).

entre las ideas, las realidades y las representaciones sociales de las universidades contemporáneas.

Para desarrollar dicho argumento se propone revisar tres puntos básicos de un mapa reflexivo (no normativo ni descriptivo), elaborado sobre la configuración de un territorio movedido, accidentado y complejo. El primero es indagar sobre la naturaleza de la invisibilidad institucional a partir de la idea de la dualidad de las instituciones. El segundo explora las paradojas que alimentan la invisibilidad de la universidad en tiempos de la masificación y la estructuración de un régimen de políticas orientado a la reforma de las universidades. El tercero consiste en identificar los rasgos principales de las relaciones entre ideas, realidades y representaciones universitarias. Finalmente, se formulan algunas recapitulaciones en torno a esta discusión.

La compleja dualidad de las instituciones

La dualidad de las instituciones es una expresión de sus representaciones sociales. Las representaciones de instituciones “fuertes” o “claras”, o de instituciones “débiles” o “difusas”, tienen que ver con el tipo de relaciones que las instituciones establecen con sus diversos contextos políticos o socioculturales, pero también con las prácticas que los miembros de las comunidades institucionales desarrollan a lo largo del tiempo. La universidad, en tanto institución social comparte, desde sus orígenes, esta dualidad básica (Acosta, 2020a).

La dualidad implica la definición de un concepto amplio de institución, la identificación de sus componentes, funciones y dimensiones organizacionales. Desde la sociología clásica se planteó una explicación para la existencia de instituciones como el Estado, el Gobierno, la Iglesia, la familia,

la escuela o el mercado. Para Durkheim (2000), o Weber (2011), el largo proceso de diferenciación y diversificación de la vida social explica el surgimiento de instituciones, es decir, patrones de comportamiento de la vida social expresada a través de rutinas, usos y costumbres de individuos y grupos. Las instituciones representan la “cristalización de relaciones sociales” que dan sentido a la acción de los individuos en la vida en sociedad. La organización del mundo del trabajo y del mundo de las ideas forman los motores básicos que dieron origen a la fundación o creación de espacios de acción de los individuos que imprimieran sentido, significados y símbolos capaces de producir identidad y pertinencia a los comportamientos sociales. La fábrica, la empresa, el café, los periódicos, la escuela, la biblioteca, o la universidad, configuran parte de la estructuración de espacios que representan formas de organización del trabajo, de la educación, o de la formación de la esfera pública, como sugirió en su momento Habermas (1987).

En 1895, Durkheim se arriesgó a escribir un libro relacionado, entre otras cosas, con las instituciones sociales, que le valió numerosas críticas y reclamos airados en el mundillo intelectual y académico francés de la época. “Se puede llamar instituciones a todas las creencias y a todos los modos de conducta instituidos por la colectividad; en tal caso, la sociología puede ser definida como la ciencia de las instituciones, de su génesis y de su funcionamiento” (Durkheim, 2000, p. 50). Esta afirmación se encuentra en el origen de las discusiones que en el campo de las ciencias sociales (desde la sociología y la antropología hasta la economía o la ciencia política) se desarrollaron en torno a los alcances y contenidos del concepto de institución y al

campo general de los diversos “institucionalismos” y su relación con la explicación del orden social (Soltan, Uslaner y Haufler, 1998).

Norbert Elias (2006) avanzó un poco más en la definición de las instituciones como “estructuras de entramados”; con ello, se distanció de las definiciones funcionalistas y se internó más en el carácter “interdependiente” e interactivo de las relaciones entre agregados de personas en contextos institucionales y no de personas individuales actuando solitariamente en instituciones específicas. Howard Becker, por su parte, abrazó la microsociología de las relaciones sociales como el centro de los conglomerados institucionales contemporáneos, una perspectiva que permite captar la naturaleza relativamente “invisible” de las instituciones sociales, desde las pandillas de barrio hasta las prácticas de drogadicción, desde la formación de los partidos políticos hasta las relaciones entre alumnos y maestros universitarios (Becker, 2009).

La teoría de las representaciones sociales es, en su origen y desarrollo conceptual, una metáfora de las imágenes. Una fotografía, un mapa, o una pintura, son representaciones visuales de cosas, objetos, personas, territorios, ciudades, jardines, situaciones; su carácter evidente o su naturaleza simbólica expresan “imágenes dialécticas”, es decir, significan lo que el observador interpreta desde su propio conocimiento y experiencia. El edificio de una facultad o escuela, el paisaje de un campus, las oficinas de rectoría, algún museo universitario de ciencias, la cafetería universitaria, con sus personajes de ocasión, los detalles de sus indumentarias, sus expresiones, el tiempo y el espacio, configuran impresiones que permiten al observador “saber” qué es lo que está mirando el fotógrafo, el cartógrafo, el

pintor o el retratista de la imagen. Son retratos de la institucionalidad visible de las cosas, de sus apariencias y formas, y constituyen el punto de partida de campos de análisis relativamente recientes como la sociología visual, que incluye la relación de paisajes y escenarios con la construcción de narrativas, percepciones e imaginarios (Harper, 2012).

Desde perspectivas como la antropológica, Benedict Anderson, en su clásico *Comunidades imaginadas* (1993), se refirió al nacionalismo como una “construcción imaginaria”, donde los individuos creen pertenecer a una comunidad nacional que, para todo fin práctico y cotidiano, no existe. Para promover esa ilusión comunitaria, las instituciones representan símbolos, promueven significados y tratan de ordenar prácticas de reconocimiento, identidad y pertenencia que permitan establecer redes de significados en torno a un orden político y cultural nacional único, diferenciado de otras naciones y culturas. Esta operación es la base institucional de la legitimidad del orden político, por lo tanto, las instituciones son una expresión de poder.

En el campo de la sociología histórica y cultural, autores como Burke (2022) han planteado el hecho de la existencia de un conjunto de pensadores, científicos e intelectuales que se forman por fuera de los campus universitarios, pero que contribuyen al desarrollo de nuevas perspectivas sobre las articulaciones entre las ciencias, las artes y las humanidades. Este conjunto de librepensadores, originales, rebeldes y arriesgados, son denominados como *polímatas*, figuras que combinan conocimientos diversos que abarcan de manera heterodoxa múltiples saberes sobre temas aparentemente distantes con el propósito de formular ideas y perspectivas originales y profundas alejados de las rigi-

deces académicas y disciplinarias convencionales usualmente cultivadas en escuelas y universidades.

Estos representantes de la heterodoxia intelectual “los polímatas” configuran la “cultura libre” como una “institución invisible” (Zaid, 2010), lo que significa que coexiste, sobre todo a partir del siglo XIX, un conjunto difuso de pensadores, creadores e intelectuales que al margen o en contra de instituciones formales como la universidad impulsan ideas, promueven debates o lanzan dardos a las convenciones disciplinarias o las fronteras institucionales universitarias. Karl Marx, Leonardo da Vinci, Karl Polanyi, Walter Benjamin, H.G. Wells, José Ortega y Gasset, Alfonso Reyes, Norbert Elias, o Hans Magnus Enzensberger, son figuras que, en distintos momentos y contextos, dieron forma de “institucionalidad invisible” a la cultura libre moderna y que contribuyen de manera importante a la configuración de la “cultura de la invisibilidad” que forma parte de las representaciones sociales sobre la propia universidad.

Para otros autores el “cemento de la sociedad” son las instituciones, definidas como normas que organizan los comportamientos sociales (Elster, 1992). Las instituciones “hacen el mundo más previsible” (Soltan, 1998), organizan opciones para tomar decisiones, ordenan prácticas y fijan límites a la acción de los individuos; expresan modos de racionalidad relativamente acordados o fuertemente heredados, pero también son marcos de acción que intentan reducir el margen de las incertidumbres vinculadas a las interacciones entre actores con intereses y sistemas de creencias diversos. No obstante, también forman parte de las paradojas del orden social, es decir, no anulan la presencia de comportamientos inesperados de la acción espon-

tánea u organizada de los individuos. La existencia de instituciones no asegura comportamientos planificados, basados en supuestos de racionalidad absoluta de los individuos y de los grupos, sino que expresan modos de racionalidad limitada que asumen la incertidumbre como un riesgo permanente del orden social, donde las normas sociales configuran motivaciones para la cooperación y coordinación de las acciones individuales. Las instituciones inducen a las comunidades, más que a “pensar en las instituciones”, a “pensar institucionalmente” (Hecló, 2010).

Esta breve revisión de una parte de la jerga sociológica sobre las instituciones indica que sistemas de creencias, modos de estructuras y entramados configuran la base del sentido y construcción de las relaciones entre los miembros de un grupo, una comunidad o una sociedad. Son figuras en las que esas relaciones (políticas, sociales, o académicas en el caso de la universidad) adquieren peso específico en la vida de las instituciones. Elegir una carrera, leer un libro, trabajar frente a una computadora, en un laboratorio, discutir en un salón o en un auditorio, pasear en los jardines universitarios, contemplar un edificio, participar en una manifestación estudiantil o magisterial, discutir decisiones en los órganos colegiados de gobierno universitario, son actividades autónomas e independientes que vuelven crecientemente difusa la imagen de la universidad como institución.

La paradoja de la invisibilidad

Las fuerzas que impulsan la invisibilidad de las instituciones provienen, paradójicamente, de las mismas rutinas, usos y costumbres históricas y contextuales que les dan sentido y origen, pero también de las

representaciones sociales de su imagen de autoridad y legitimidad. Si las instituciones son expresiones de poder organizado, sus representaciones de autoridad dependen de fuerzas internas y externas que se relacionan con el ejercicio práctico, cotidiano, de esa autoridad. Uno de los componentes que más influyen en la visibilidad o invisibilidad de las instituciones universitarias contemporáneas tienen justamente que ver con la *estatalidad*, es decir, con las representaciones del Estado como autoridad simbólica o fáctica que influye de manera decisiva en la configuración del “poder autónomo” de las universidades (Acosta, 2020b).

Las cambiantes configuraciones (o “figuras”, como las prefiere denominar Elias) que asume la estatalidad de los últimos años se han relacionado con sus representaciones como fuente de autoridad y poder. De igual forma, las representaciones que tienen las élites estatales sobre instituciones como la universidad producen políticas y decisiones que pre-figuran un “modelo” de universidad. El modelo que ha concentrado las energías gubernamentales es el de la universidad de investigación de alta calidad, con una gestión eficiente de los recursos públicos, dispuesta a rendir cuentas de su desempeño a través de procesos de evaluación constante de sus actividades. De varias maneras, las representaciones sociales de la universidad se han acompañado de una representación política de su imagen “ideal”.

En el caso de las universidades contemporáneas, resulta una paradoja que a pesar de la cantidad y tamaño de las universidades, sus representaciones sociales las vuelvan invisibles. La expansión, masificación y diversificación de la educación superior ha invisibilizado a esas instituciones, diluyendo

su poder e influencia tradicional. Se estima que hoy existen más de 26 mil universidades en el mundo, donde estudian 153 millones de estudiantes e imparten clases más de dos millones de profesores (UNESCO, 2022). Además, luego de por lo menos tres décadas de modernización y reformas de las políticas de educación terciaria basadas en distintas métricas de evaluación de la calidad y de financiamiento público diferencial, competitivo y condicionado, las universidades se han invisibilizado a través del uso masivo de rankings que centran la atención y promoción de la imagen de calidad de las universidades. La selección de las “100 mejores universidades del mundo”, escogidas dentro de un universo de 1000 o 1500, dejan fuera del análisis a casi 25 mil que suelen ser consideradas de baja o nula calidad, reputación o prestigio. Este es uno de los rasgos de la invisibilidad de las universidades a los ojos de los inspectores y evaluadores de la calidad, que suelen ser parte de las empresas que se han erigido como referentes de este mundillo de los negocios educativos (THE, QS, etc.).

Los rankings y los indicadores de calidad de las funciones de educación superior intentan proporcionar cierta imagen unificada, estandarizada, del mundo universitario, reduciendo o simplificando la complejidad de sus estructuras y prácticas cotidianas dentro y fuera de los campus. La construcción de una visión unificada del deber ser universitario ha sido impulsada por los consejeros y asesores corporativos de la educación superior, que cumplen la función que antiguamente cumplían los profetas y las religiones. El concepto de “visión unificada del mundo” que acuñó Weber para referirse a sistemas compartidos de creencias, significados y sentidos de acción de individuos y grupos parece haber rea-

parecido con fuerza en la era de la modernización e innovación de las sociedades contemporáneas (Kalberg, 2011), y las universidades no escapan a esos sistemas de representaciones que tratan de reducir la complejidad institucional a marcos interpretativos comunes.

La relación entre las ideas, las realidades y las representaciones de la universidad constituye el centro de la exploración de la hipótesis de la invisibilidad institucional como una forma de representación social. Las creencias en torno a la evaluación de la calidad o la internacionalización, el significado de “buenas prácticas” de la planeación estratégica, o de lo que constituyen modos adecuados de gestión directiva universitaria, han opacado los complicados procesos intelectuales y académicos de la docencia o de la investigación que desarrollan cotidianamente las universidades y sus actores habituales (profesores y estudiantes), así como el hecho de que la universidad existe más allá de las escuelas, facultades o departamentos: a través de sus egresados y del desarrollo científico y profesional de las distintas disciplinas y áreas del conocimiento.

Otra de las fuerzas de invisibilización de las universidades tienen que ver con la idea del *reflejo*. Si toda institución social refleja, acumula o expresa relaciones organizadas de poder, se puede afirmar que la visibilidad de las instituciones es un reflejo de su fuerza social o política. En otras palabras, la

fuerza de la imagen institucional es un componente de su propia visibilidad teórica pero también de su invisibilidad fáctica. ¿Cómo es el reflejo de la universidad? ¿Cuál es el espejo que mejor la refleja? La relación entre espejos y reflejos sobre la universidad también tiene que ver con el mundo de las representaciones sociales².

Desde esta perspectiva, la imagen de la universidad como reflejo se ha desvanecido a lo largo del siglo XXI. Bajo la épica de los indicadores (Acosta, 2020b), del predominio de la “ideología” de la nueva gestión pública (Labraña y Brunner, 2022a), o bajo la influencia de la teoría del capitalismo académico (Slaughter y Leslie, 1997), la autoridad de la universidad ha pasado de ser de carácter intelectual y cultural para convertirse en un juego de productividad competitivo, burocrático y gerencial. Los indicadores configuran la nueva imagen de la universidad, el material con el cual se describe y analiza la realidad de la universidad. Movilidad internacional, calidad del profesorado, posición en los rankings internacionales, nacionales o locales, éxito laboral de sus egresados, premios y reconocimientos de sus académicos, eficiencia terminal de los estudiantes; se constituyen como medidas “objetivas” de la evaluación de las universidades y determinan la visibilidad o invisibilidad de sus imágenes y representaciones sociales.

² Como se sabe, los espejos proporcionan reflejos fieles, exactos, de objetos. Aunque la invención de los espejos se remonta a la antigua Mesopotamia, el arte de su fabricación masiva se convirtió en un oficio bien visto y remunerado en los siglos XVIII y XIX, cuando la experiencia de la modernidad se asoció con luces brillantes y espejos colocados en negocios, palacios, burdeles, cafés, escuelas y hogares comunes. La experiencia del reflejo incrementó el tamaño y la sofisticación de la hechura de espejos, tratando de que el mundo se viera a sí mismo como lo que era, pero también proporcionaba cierta sensación de misterio, de que el mundo de los espejos contenía en sí mismo realidades alternas. Quizá la descripción de la “casa del espejo” como la imagen que recrea al revés el mundo real, que hace Lewis Carroll en *Al otro lado del espejo* (1872), es la expresión fascinante del poder de los espejos como fuente de las ideas e ilusiones que habitan parte de los imaginarios colectivos de las sociedades modernas.

La universidad como idea, realidad y representación

En 1923 el filósofo y médico alemán Karl Jaspers afirmaba, en tono escandaloso y provocador: “¡La idea de la universidad está muerta!”, refiriéndose al estado que guardaban las universidades europeas medievales en el contexto de la revolución académica impulsada por las universidades alemanas a lo largo del siglo XIX (Jaspers, 2013). Habermas, casi medio siglo después, rebatía: la universidad en realidad nunca ha sido producto de una “idea” o la encarnación de cierto “espíritu”, sino que es una construcción social transformada por las fuerzas contradictorias del capitalismo y de la democracia (Habermas, 1987). Las perspectivas idealistas y construccionistas sobre la universidad moderna han alimentado con cierta intensidad los debates contemporáneos, sin embargo, la salida de estos no es tomando posiciones en uno u otro bando, sino que se ha resuelto, parcialmente, con la noción de la representación social de instituciones como la universidad. El debate entonces asumió una nueva dimensión con el análisis de las relaciones entre ideas, realidades y representaciones.

El concepto de representación social tiene su origen remoto en Durkheim, quien se refería al concepto como “representaciones colectivas”, y consiste en el sistema de creencias, significaciones y símbolos que traducen a las instituciones en códigos interpretativos para dar forma y sentido al pensamiento de los individuos, los grupos y las sociedades. Las prácticas y las normas que representan instituciones como la universidad se traducen de distintas formas en la subjetividad social y tienen que ver con las mentalidades y los imaginarios sociales en contextos determinados; como sugerirían posteriormente,

desde el campo de la psicología social, Moscovici, o Jodelet. En ese sentido, las representaciones sociales son la expresión de la imagen que guardan las instituciones en las mentalidades de individuos y grupos sociales determinados, así como la manera en que la acción comunicativa establece un marco interpretativo más o menos compartido en la vida social. Como señala Becker (2019), las representaciones sociales consisten, fundamentalmente, en “descripciones y análisis de la realidad social”.

A lo largo del siglo XXI hemos visto desplegarse nuevas narrativas sobre la universidad que expresan diversas formas de representación política de sus estructuras, actores y funciones. Las imágenes de las universidades “innovadoras”, “emprendedoras”, “multiversidades”, “de investigación”, “profesionalizantes”, “inteligentes”, “digitales” han poblado el campo de las narrativas universitarias, colocando en el centro el tema de las realidades universitarias y sus representaciones. Desde dentro y desde fuera de los campus universitarios (los virtuales y los físicos), se desarrollan fuerzas que, bajo políticas de modernización, calidad, internacionalización, innovación o compromiso político con proyectos gubernamentales, impulsadas cíclicamente por las élites políticas en turno, han poblado de narrativas múltiples y contradictorias el sentido, orientación o contenidos de las rutinas y prácticas universitarias asociadas a la docencia, la investigación o la difusión cultural.

Estas fuerzas han sujetado las representaciones sociales universitarias al reflejo de ciertos modelos normativos y al empleo de marcos de interpretación que intentan ser más o menos comunes. Bien visto, se trata de reducir las representaciones

sociales a una representación política de la figura de la universidad. La idea de las universidades emprendedoras o innovadoras dominaron buena parte de los sistemas de creencias y significaciones asociados a los regímenes de políticas de la educación superior en la transición del siglo XX al XXI, en la cual aparecieron nuevos actores en los escenarios universitarios. Los tradicionales estudiantes del pregrado se combinaron con estudiantes de mayor edad y experiencia que se incorporaron a estudios de posgrados universitarios. La feminización de la matrícula se consolidó como un dato y un hecho de la masificación universitaria, lo que llevó a los campus una nueva agenda de derechos, arreglos y conflictos derivados de distintas demandas sociales y culturales que frecuentemente han desafiado la gobernabilidad institucional. El impulso de la investigación como fuente de legitimidad social e institucional de las universidades se combinó con la persistencia de la formación profesional como fuente tradicional del prestigio y reconocimientos de la imagen de la universidad. El funcionariado universitario se consolidó como un actor político importante en la gestión de múltiples asuntos universitarios, convirtiéndose en los impulsores e intérpretes oficiales de las prácticas de la nueva gestión pública en las universidades (Acosta, 2022a).

Las ideas dominantes que hoy aparecen en el horizonte universitario han redefinido desde hace tiempo uno de los rasgos distintivos de su carácter institucional: la autonomía. La idea de la autonomía como derecho, como conquista política, o como ejercicio práctico de la enseñanza y la investigación, tuvo su origen en la necesidad de reclamar las libertades de investigación y aprendizajes como medios que permitieran el desarrollo de las capa-

idades intelectuales, académicas e institucionales de la universidad, y junto con ellas, la legitimidad social de la autoridad universitaria. Asociada a ella nació también la idea del cogobierno universitario como expresión organizada de la participación de estudiantes y profesores en la conducción de la universidad. Estas dos ideas: autonomía y cogobierno o gobierno colegiado, se encuentran en la base de las transformaciones que a lo largo del siglo XX gobernaron el sentido y la orientación de los principales actores universitarios y que volvieron invisible las realidades de su complejidad empírica. Esa operación política e intelectual el contraste entre ideas, realidades y representaciones fue posible en parte por la estructuración de un régimen de políticas donde las ideas, los arreglos institucionales y los actores en turno establecieron un nuevo marco de significaciones a la universidad, y con ello desvanecieron la centralidad de la autonomía y el cogobierno como las principales señas de identidad de las universidades contemporáneas (Acosta, 2022b).

Las universidades reales son más que números e indicadores, son la compleja hechura de tradiciones intelectuales y científicas que albergan una gran diversidad de prácticas y actores. La lectura en solitario, las horas pasadas en bibliotecas, la conversación en seminarios y talleres, las prácticas de laboratorio, las reflexiones compartidas, los debates apasionados, los ambientes en salones y salas de conferencias, las interacciones entre estudiantes y profesores, los hábitos intelectuales y las rutinas académicas que luego se transforman en herramientas profesionales y laborales, la capacidad de preguntar, de definir y solucionar problemas, el descubrimiento de expresiones culturales organizadas en los campus universitarios (cine, teatro, música,

literatura, pero también las fiestas y las reuniones cotidianas universitarias) explican los cimientos profundos del subsuelo académico que conforman el comportamiento institucional universitario. Las representaciones sociales de esas prácticas son más complejas y se resisten a cualquier métrica que las simplifique. Quizá ello explica el predominio de las representaciones políticas basadas en evidencias, indicadores o índices de desempeño, que acompañan la hechura de las políticas públicas de la educación superior a lo largo del siglo XXI.

Tres representaciones políticas sobre la universidad

La discusión sobre la idea de la universidad contemporánea adeuda un largo debate sobre la universidad como una representación social o como representación política. Pueden distinguirse tres grandes representaciones recientes: la universidad como institución cultural, la universidad como institución pública y la universidad innovadora o emprendedora. Estas representaciones, más que sociales, son representaciones políticas que corresponden a distintos intereses, momentos y contextos, y guardan relación con los cambios en la estatalidad y en la composición social de las propias universidades, donde nuevos actores (que incluyen a protagonistas y espectadores) aparecen en escena.

La universidad como organización cultural

Para muchos autores clásicos, la universidad representa la encarnación organizada de un "espíritu", de un ideal: un sitio un espacio donde se albergan los intereses intelectuales, académicos y prácticas de transmisión de conocimientos, habilidades y destrezas reflexivas, cognoscitivas que forman a las élites dirigentes de las sociedades (Haskins, 1965). La

construcción de campus y ciudades universitarias reflejaban la idea de la universidad como una institución fuerte, legítima, que albergaba a una comunidad de estudiantes y profesores bien definida, delimitada por las fronteras territoriales de un espacio claramente encapsulado, una ciudad dentro de la ciudad (Garcíaavelez, 2014).

Las ideas dominantes de la universidad corresponden al contexto que les da sentido y origen. En México, y en buena parte de las sociedades latinoamericanas, la transición de la universidad de élite a la universidad de masas observada en la segunda mitad del siglo XX transformó la idea misma de la universidad y los imaginarios y las prácticas universitarias de manera acelerada (Labraña y Brunner, 2022b). La feminización de la matrícula, la diversificación de opciones profesionales, la aparición de un mercado académico de profesores y docentes, la multiplicación de instituciones de educación superior no universitarias tanto públicas como privadas, las intervenciones del estado para regular, evaluar y financiar a las universidades, tuvieron detrás la transición de la universidad de élite concentrada en la formación intelectual y cultural de una minoría selecta de individuos, a la universidad de masas orientada hacia la formación profesional y de investigación.

Esta transición silenciosa de la configuración de la universidad ocurrió en un marco de multiplicación de las opciones universitarias y no universitarias de los sistemas nacionales de la educación superior. En México y en América Latina, las universidades en especial las públicas, las más grandes y antiguas de la región, perdieron la centralidad que tuvieron a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Con ello, el perfil cultural de la universidad

como formadora de élites se transformó por el perfil profesional de sus programas, organización y prácticas académicas, dirigidas hacia nuevas poblaciones que llegaban por primera vez en la historia de sus familias a las puertas de la universidad. Ya no se trataba de saber más sobre todas las cosas de la vida. Se trataba de especializarse en el saber sobre algunas cosas para ganarse la vida con ellas.

La universidad como institución de responsabilidad pública

La masificación universitaria ocurrió en el contexto de un régimen de autonomía como producto de un potente arreglo político-institucional entre el Estado y las universidades públicas nacionales y subnacionales. En el caso europeo, y de muchos países latinoamericanos, la autonomía fue garantizada por el financiamiento público estatal como mecanismo de legitimidad de las universidades frente a gobiernos y sociedades locales. La expansión y diversificación de las universidades públicas autónomas respaldadas por el financiamiento público fue el gran motor institucional de la primera ola de masificación de la educación superior. Sin embargo, hacia los años ochenta la crisis fiscal del estado cambió las reglas del juego, dado que el fenómeno de la masificación de la educación terciaria concentrada en las universidades comenzó a ser percibida como un problema público.

La lógica de la inversión pública en educación universitaria se sometió a la lógica del gasto público disponible y junto con ello emergió entre la crisis de la "década perdida" un nuevo paradigma de políticas públicas basado en el impulso a la fundación de instituciones públicas no universitarias ni autónomas y en el estímulo a la creación de

nuevas universidades privadas de costos medios y bajos. Bajo este paradigma, la retórica de la modernización inundó con un nuevo lenguaje y nuevos instrumentos de políticas los cambios en el peso de las universidades tradicionales, los cuales estaban basadas en incentivos, fortalecimiento de la evaluación, y financiamiento público diferencial, condicionado y competitivo. Lo anterior marcó el rostro del nuevo ciclo de políticas para la educación superior.

La autonomía fue reinterpretada como respaldo a las políticas de rendición de cuentas y la universidad fue vista como una empresa o institución de servicio público sujeta a evaluación, auditorías e inspección por parte de agencias gubernamentales. La exigencia de impulsar el modelo de la universidad de investigación se convirtió en una de las fuerzas de transformación de las universidades, y nuevos actores (funcionarios, investigadores, estudiantes de posgrado) se sumaron a la vida del campus junto a los tradicionales estudiantes de preparatorias y licenciaturas, así como al profesorado de tiempo parcial y de tiempo completo.

La lógica de las intervenciones públicas se guió por la gestión eficiente de los recursos y por la producción de evidencias sobre la calidad de sus resultados. Las universidades respondieron con una lógica de adaptación incremental a los cambios en el entorno de políticas, y se promovieron reformas a sus estructuras, organización y prácticas académicas. La antigua épica de la autonomía universitaria de la era de la masificación cedió el paso a la épica de la modernización de la educación superior, que posteriormente se tradujo en una suerte de "épica de los indicadores" como el centro de las representaciones políticas sobre la universidad (Acosta, 2021).

La universidad innovadora

La idea de la universidad emprendedora o innovadora fue formulada por Burton R. Clark en 1998. Corresponde a un estudio realizado por el propio Clark tomando varios casos de universidades europeas como experiencias de transformación exitosas en el nuevo entorno de políticas ligadas a la modernización de sus estructuras, orientaciones y funciones, estrechamente ligadas a la globalización e internacionalización de la educación terciaria, las prácticas de la nueva gestión pública, la creación del espacio común europeo de educación superior, y la implementación continental de los acuerdos de Bolonia (Shattock, 2014). En muy poco tiempo las teorías del capitalismo académico y de la nueva gestión pública iluminaron el camino hacia la innovación de las universidades y predominaron en el marco común de las ideas y representaciones de nuevos modelos de organización y orientación de la vida universitaria.

El ascenso de las tecnologías digitales en las comunicaciones y los procesos educativos universitarios impulsaron la idea de la innovación como una nueva fuerza de transformación de las universidades. La multiplicación y diversificación de las redes sociales (Facebook, Instagram, Twitter), como herramientas de comunicación entre las comunidades universitarias y sus entornos sociales rebasó los límites del campus y las propias universidades incorporaron rápidamente esas nuevas tecnologías en los procesos de enseñanza, aprendizajes e investigación en sus miles de programas, escuelas y facultades tradicionales. Las opciones de universidades virtuales públicas y privadas marcaron un nuevo ciclo de expansión y diferenciación de la educación superior. La era digital, además, se fortaleció por

la irrupción de un fenómeno inesperado: la pandemia del COVID-19, que forzó a las universidades a la virtualización de sus actividades académicas. La invisibilización asume entonces la forma de la virtualidad con el uso masivo de plataformas, aplicaciones, algoritmos e inteligencia artificial.

En estas circunstancias, ha emergido un nuevo modelo de representación social de las universidades contemporáneas: la universidad digital, que es aún impreciso, borroso, pero que rápidamente se ha convertido en una representación políticamente atractiva para los voluntariosos promotores de las imágenes del cambio universitario. Bajo el paradigma de la innovación, los actores principales ya no son los estudiantes, los profesores o investigadores. Se suman también los gestores de la innovación, los ingenieros de sistemas, las empresas consultoras y los cabilderos de los cambios “disruptivos” que habitan las múltiples narrativas innovadoras contemporáneas.

La irrupción de un oxímoron: la novedad de la tradición

Desde hace algunos años se han levantado voces que reclaman un nuevo enfoque sobre el sentido profundo y pertinente de la universidad contemporánea. Atrás han quedado los tiempos de la universidad elitista, aristocrática o confesional. Muy pronto fueron rebasadas las nociones de la universidad moderna, de masas, o “multiversidades”, que aspiraban a caracterizar las transformaciones de las universidades de finales del siglo XX (Kerr, 1995). Estas voces son un conjunto de pensadores y críticos de la idea de la innovación o la digitalización como únicas fuentes de cambio y legitimidad intelectual y social de la universidad. Enfatizan la fuerza de la

tradición intelectual de las universidades como instituciones culturales, donde las ciencias y las humanidades encuentran espacios comunes de interacción en los procesos académicos de enseñanza e investigación en que las nuevas tecnologías son medios (herramientas) y no fines (propósitos sustantivos) en la vida de los campus tradicionales y virtuales de las universidades contemporáneas (Ordine, 2013). Los actores de estos escenarios son hoy, como ayer, los estudiantes y el profesorado, pero se fortalece la presencia de los directivos, los asesores tecnológicos y la multiplicación de las partes interesadas (*stakeholders*) en el funcionamiento universitario; sin embargo, dichos escenarios han cambiado.

La experiencia universitaria ocurre al mismo tiempo en varias arenas institucionales. La digitalización irrumpe como una fuerza crecientemente autónoma, asociada a herramientas de la inteligencia artificial bajo la influencia de las grandes empresas globales del sector. Los campus virtuales coexisten con los campus presenciales, modificando la sensación de tiempo y espacio de las relaciones académicas universitarias. Los nuevos escenarios son el resultado de las fuerzas del pasado reciente y de las fuerzas de las incertidumbres futuras, y en ese horizonte, el futuro de la universidad es el futuro de los estudiantes y de los académicos; o, parafraseando a Harold Bloom (2002), la imaginación sobre el porvenir universitario hay que buscarla en el pasado, en las tradiciones intelectuales, en las prácticas que han permitido sobrevivir a la universidad durante casi mil años.

Consideraciones finales

Se ha insistido en estas notas que la idea de la universidad invisible contrasta con las representacio-

nes sociales de sus múltiples realidades. Esta noción no es producto de la ficción ni de la fantasía, sino que corresponde al hecho de la existencia de una zona fantasma que habita los campus universitarios desde hace tiempo. Como otras instituciones sociales, las imágenes y percepciones de diversos actores y espectadores sobre su sentido, su poder e influencia en la organización de los comportamientos y las prácticas académicas, intelectuales y, en un sentido amplio, culturales, requieren de una mayor atención de lo que ocurre en múltiples campos de la acción social vinculada con la universidad, que vayan más allá de lo que sucede en los campus. El argumento que se ha querido mostrar en estas notas es que no existe una "visión unificada" de la universidad, o un marco común interpretativo sobre ellas, como se ha querido impulsar desde las narrativas "métricas" basadas en representar a la universidad a través de los espejos de indicadores de desempeño, reputación y prestigio que dominan las imágenes universitarias en los últimos años.

La representación política de la universidad es el resultado de los esfuerzos por construir una visión unificada del mundo que alimenta las narrativas contemporáneas de la innovación y el cambio institucional. No obstante, existe una universidad real, gobernada por actores y prácticas académicas cotidianas, pero también por la influencia que tiene la experiencia universitaria en la formación de muchas generaciones. Un marco interpretativo común es una ilusión, un intento de simplificación que tiene detrás un sistema de creencias (una ideología) edificado como respuesta ante la incompreensión o ignorancia de la complejidad social de las universidades contemporáneas, de sus reglas, costumbres y actores, sus desigualdades y contradicciones. En

esas circunstancias, un nuevo ciclo y enfoques parecen volver al primer plano el clásico síndrome de Sísifo, esa tentación de volver una y otra vez a revisar la imagen de la universidad con la esperanza de construir representaciones más coherentes con sus realidades, asumiendo la naturaleza invisible de sus complejidades. En otras palabras, se trata de un esfuerzo intelectual orientado hacia la construcción de una suerte de “teoría de la invisibilidad” de la universidad en la era de la post-globalización.

Referencias bibliográficas

- Acosta, A. (2022a). “Gobernanza, poder y autonomía universitaria en la era de la innovación”. *Perfiles Educativos*, 44(178), 150–164. . DOI: <https://doi.org/10.22201/iisue.24486167e.2022.178.60735>
- Acosta, A. (2022b). “Autonomía universitaria, gobierno institucional y gobernanza interpretativa en México”. *Perfiles Latinoamericanos*, 30(59). DOI: <https://doi.org/10.18504/pl3059-016-2022>
- Acosta, A. (2020a). *El poder de la universidad en América Latina. Un ensayo de sociología histórica*. Siglo XXI/UDUAL/U. de G.
- Acosta, A. (2020b). “Autonomía universitaria y estatalidad”. *Revista de la Educación Superior*, 49(193), 1-23. <http://resu.anuies.mx/ojs/index.php/resu/article/view/1025>
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. FCE.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. FCE.
- Becker, H. (2019). *Para hablar de la sociedad la sociología no basta*. Siglo XXI Editores.
- Becker, H. (2009). *Outsiders hacia una sociología de la desviación*. Siglo XXI Editores.
- Benjamin, W. (2023) [1930]. *Los procesos contra las brujas*. Akal.
- Bloom, H. (2002). *El futuro de la imaginación*. Anagrama.
- Burke, P. (2022). *El polímata. Una historia cultural desde Leonardo da Vinci hasta Susan Sontag*. Alianza Editorial.
- Carroll, L. (2004) [1872]. *A través del espejo*. Ediciones del Sur.
- Clark, B. R. (1998). *Creating Entrepreneurial Universities. Organizational Pathways of Transformation*. Emerald.
- Crozier, M., y Friedberg, E. (1990). *El actor y el sistema. Las restricciones de la acción colectiva*. Alianza Editorial Mexicana.
- Durkheim, E. (2000) [1895]. *Las reglas del método sociológico y otros escritos*. Alianza Editorial.
- Elias, N. (2006). *Sociología fundamental*. Gedisa.
- Elster, J. (1992). *El cemento de la sociedad. Las paradojas del orden social*. Gedisa.
- Garcíavelez, C. (2014). *Forma y pedagogía. El diseño de la ciudad universitaria en América Latina*. Applied Research+Design Publishing.
- Habermas, J. (1987). “La idea de la universidad-procesos de aprendizaje”. *Sociológica*, 2(5), 25-46. <https://es.scribd.com/document/214439485/Habermas-La-Idea-de-La-Universidad>
- Harper, D. (2012). *Visual Sociology*. Routledge.
- Haskins, Ch. (1965). *The Rise of Universities*. Ithaca/ London Cornell University Press.
- Hecló, H. (2010). *Pensar institucionalmente*. Paidós.

- Jaspers, K. (2013) [1923]. *La idea de la universidad*. Ediciones Universidad de Navarra.
- Kalberg, S. (2011). "La influencia pasada y presente de las visiones del mundo: Max Weber y el descuido de un concepto sociológico". *Sociológica*, 26(74), 177-204. <http://www.sociologicamexico.azc.uam.mx/index.php/Sociologica/article/view/99>
- Kerr, C. (1995) [1963]. *The uses of the University*, fourth edition. Harvard University Press.
- Labraña, J, y Brunner, J.J. (2022a). "La ideología de la nueva gestión pública desde la mirada de los directivos de las universidades chilenas: un estudio de casos múltiples". *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, 13(38), 3-23. DOI: <https://doi.org/10.22201/iisue.20072872e.2022.38.1507>
- Labraña, J. y Brunner, J.J. (2022b). "Transformación de la educación superior latinoamericana y su impacto en la idea de la universidad". *Perfiles Educativos*, 46(176). DOI: <https://doi.org/10.22201/iisue.24486167e.2022.176.60539>
- Ordine, N. (2013). *La utilidad de lo inútil*. Acantilado.
- Shattock, M. (Ed.) (2014). *International Trends in University Governance. Autonomy, self-government and the distribution of authority*. Routledge.
- Slaughter, S. y Leslie, L. (1997). *Academic Capitalism. Politics, Policies and the Entrepreneurial University*. The Johns Hopkins University Press.
- Soltan, K., Uslaner, E. y Haufler, V. [Eds.] (1998). *Institutions and Social Order*. The University of Michigan Press.
- Soltan, K. (1998). "Institutions as Products of Politics". En K. Soltan, E. Uslaner y V. Haufler (Eds.), *Institutions and Social Order* (pp. 45-66). The University of Michigan Press
- Tilly, Ch. (2005). *Trust and Rule*. Cambridge University Press.
- UNESCO/UIS (2022). "Higher Education" (consultado el 22 de septiembre, 2023) <http://uis.unesco.org/en/topic/higher-education>
- Weber, M. (2011) [1904-1905]. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. FCE.
- Zaid, G. (2010). "La institución invisible". *Letras Libres*. <https://letraslibres.com/revista-espana/la-institucion-invisible/>